

VALORES SEMANTICOS DE LOS FONEMAS HEBREOS

EN el estadio actual de la mayoría de las lenguas, por lo menos en las que más han evolucionado, como son casi todas las indoeuropeas habladas en los países de Europa, las palabras han venido a ser —mejor diríamos degenerar en— meros signos expresivos de las cosas e ideas, con sentidos puramente convencionales, aunque fuertemente enraizados en el pasado. El signo de por sí, fonéticamente, nada significa, en relación con el concepto. ¿Qué nos dicen, a ese respecto, las palabras *hombre*, *árbol*, *grande*, *estar*? La *Onomatopeya*, según la cual los vocablos están formados por sonidos adecuados a las ideas que expresan, tuvo en otros tiempos entusiastas defensores; pero hoy los lingüistas conceden en general muy poca importancia a ese factor en la estructura y semántica de las palabras, y solamente nos hablan a lo sumo de vocablos *expresivos*.

“No hay correspondencia preestablecida —dice Vendryes (*El Lenguaje*, ed. esp. pág. 248)— entre el sonido y el sentido, y el vocabulario no ha salido de una colección de onomatopeyas. Ningún lingüista podría suscribir la fórmula del Doctor de la Iglesia, según el cual los nombres deben concordar con la naturaleza de las cosas (*nomina debent naturis rerum congruere*, Sto. Tomás de Aquino). Pero si la hipótesis de semejante acuerdo es vana para explicar la formación de los vocabularios, conserva todo su valor en cuanto comprueba una manera de ser de nuestro espíritu...” Como se ve, en tales afirmaciones se encierra evidente contradicción e inconsecuencia. A. Dauzat (*La Philosophie du langage*, 1927, p. 79), más prudente, aunque en el fondo adopta semejante posi-

ción, dice así: "L'onomatopée a été considérée souvent comme le mode de formation primitif du langage. La science positive ne nous donne aucun renseignement à ce sujet, et l'histoire des langues ne permet de confirmer ni d'infirmer cette hypothèse. S'il est vrai que *l'onomatopée joue un rôle considérable dans le langage des sauvages primitifs* comme dans celui des enfants, en revanche les états les plus anciens des langues indo-européennes, à trois mille ans de distance, ne nous présentent pas plus d'onomatopées —plutôt moins— que les parlars contemporains. Et ici encore le rôle de l'onomatopée est très restreint, et on ne doit recourir à cette explication (dont on a parfois abusé, parce qu'elle est commode) qu'à défaut d'autre et lorsqu'elle s'impose absolument".

Al menos por lo que a las lenguas semíticas se refiere —tan distintas en muchos aspectos de las indoeuropeas— creemos debe revisarse en parte dicha teoría, demasiado negativa y demasiado absoluta. Tendencia muy corriente en los indoeuropeístas ha sido formular principios lingüísticos universales (p. e. la teoría del verbo *substantivo*) aplicable a las lenguas de su especialidad, pero no a otras ramas como la semítica, que les eran menos o nada conocidas. Sin embargo, al establecer esa diferencia entre estas dos familias lingüísticas, nos referimos únicamente al distinto grado de evolución entre una y otra u otros caracteres, sin admitir que los principios constitutivos del léxico hayan sido en ellas fundamentalmente distintos en sus procedimientos de formación.

Notorio y por todos confesado es el carácter mucho más primitivo que ofrecen las lenguas semíticas con respecto a las indoeuropeas, y, por lo tanto, las señales de su mayor arcaísmo, lo mismo en la fonética que en la morfología y la sintaxis; en consecuencia, cabe observar en ellas fenómenos que no se dan o no se presentan con la misma claridad en las lenguas i.-e. Lo que decimos de esas tres partes fundamentales en el estudio y la estructura de la lengua, puede afirmarse con mayor razón respecto al vocabulario y la tematología.

Ante todo, recusamos por infundada y absurda la teoría de que no existe relación natural entre los sonidos de las palabras, sean los elementos radicales sean los morfemas, y la significación de las mismas. Podrá haberse borrado en mayor o menor grado, por efecto de la evolución y de extrañas influencias, como la leyenda de una moneda que haya circulado mucho, pero indudablemente existió.

Partiendo de la antes mencionada frase de Sto. Tomás, bien podemos afirmar rotundamente que entre los elementos formales constitutivos de la palabra, como medio que es en sí, y lo fue desde un principio,

de intercomunicación mental, y la significación ideológica de la misma, hubo de existir necesariamente un nexo natural, como vemos existe en otras clases de lenguaje. Es decir que en los primitivos estadios de formación del lenguaje "los nombres *debieron* ser congruentes con la naturaleza de las cosas" que significaban, al menos en algún grado, dentro de los límites naturales. Consideramos, pues, tal congruencia como una ley natural y obvia en la formación del instrumento élocutivo de la humanidad primitiva, aunque no como norma imperativa que deba presidir siempre y necesariamente en la formación de las palabras.

Reconocemos palmariamente que esa cualidad originaria es natural se haya ido obliterando en la evolución del lenguaje a través de los siglos y milenios, bajo condiciones de vida e influencia muy diversas. Tal proceso es semejante a la tendencia seguida en el sistema intelectual de la humanidad, que se va alejando de lo concreto hacia lo abstracto, de lo natural a lo artificial. Las lenguas que se nos ofrecen como última etapa —hasta el presente— de una evolución muy movida, como son las románicas y germánicas en el dominio i.-e., nos brindan un testimonio fehaciente de tales características.

Aunque sistemáticamente quiera negarse todo valor a la onomatopeya como factor determinante en la constitución de las lenguas y elaboración de raíces y vocablos, y por más que se nos diga, con tono mitad severo mitad irónico, que "hoy nadie cree que las palabras primitivamente hayan sido formadas de sonidos adecuados a las ideas" (supra) ¿puede admitirse que sólo por pura casualidad en las lenguas principales los términos que designan, p. e., *nariz*, *garganta*, *lengua*, *labio*, *diente* contengan, respectivamente, una o varias letras nasales, velares o guturales, linguales, labiales y dentales? Prescindamos, por ser sobradamente conocidos en este aspecto, de los términos que expresan los gritos de los animales, cuyo carácter onomatopéyico perdura a través de tantas evoluciones en la mayoría de las lenguas europeas; pero verdaderamente resulta difícil también creer pura casualidad el que la *r* y la *l*, las dos letras fluidas por excelencia, entren en las voces significativas de *río* con sus múltiples variedades y en los nombres propios de muchos de ellos. Diversos otros ejemplos podríamos aducir, pero creemos bastan las ligeras indicaciones precedentes para descartar por equivocada la mencionada actitud exclusivista. Sobre todo en lenguas de más acusado primitivismo, las perspectivas que la onomatopeya ofrece son realmente seductoras. Sin embargo, nuestra tesis no se basa precisamente en la onoma-

topeya, aunque tiene con ella evidentes conexiones e innegables analogías.

Cierto que, como advierte Bréal en su *Essai de Sémantique* (cap. 18), "el lenguaje designa las cosas de una manera incompleta e inexacta", absolutamente hablando; aun siendo éste el modo más acertado y cabal de que el hombre dispone para expresar sus ideas y sentimientos, hay un abismo entre el mundo espiritual que el lenguaje representa y la materialidad de los signos de que se vale. Es ésta una de tantas limitaciones a que el hombre, prisionero de la materia, está sometido. Pero, como el mismo autor afirma, (loc. cit.), el nombre o término que designa una cosa o una idea, para que sea aceptado "menester es, sin duda, que en el origen tengo algo de justo y expresivo, que satisfaga por algún lado al espíritu de aquéllos a quienes es propuesto primeramente".

Pues bien, esa "justeza" y esa "expresividad" que encierran la mayoría de las raíces hebreas, sin que ni por un momento pensemos en la ya tiempo descartada teoría del hebraísmo primitivo, hoy inadmisibles, dado el conocimiento que tenemos de las familias de lenguas y evolución del lenguaje. Nada importa, para nuestro propósito, que, como fatalmente ha de ocurrir en toda obra humana, sobre todo en los comienzos, se marquen en el lenguaje las inexactitudes antes mencionadas, y que, como observa Bréal (loc. cit.), "una porción de objetos sean denominados inexactamente, ya por ignorancia de los primeros autores, ya por algún cambio que haya alterado la correspondencia entre el signo y la cosa significada".

Tampoco pretendemos demostrar que los elementos fónicos que en hebreo sirven de substrato para expresar las ideas sean siempre desde un punto de vista filosófico los más perfectos y adecuados. Recordaremos, sin embargo, que se ha considerado la lengua hebrea como la más pura y genuina representante del grupo semítico, la más inmediata a su origen y que en cierto modo encierra la clave de las demás y los secretos lingüísticos de la raza. La mayor antigüedad de la familia semítica con respecto a las lenguas i.-e. es indiscutible, y la comunidad originaria de unas y otras como procedentes del mismo tronco en el actual estado de la ciencia, si no puede probarse, tampoco negarse en absoluto.

No han faltado quienes han intentado diversos estudios comparativos entre ambas familias, sobre todo a base del vocabulario. A. Drouin en su *Dictionnaire comparé des langues* (1866), "le premier dans lequel on ait réuni un certain nombre de langues pour les comparer dans leur esprit et leurs radicaux en prenant pour type primitif l'hébreu et l'arabe"

(pág. I), pretende que “les langues dites sémitiques si admirablement douées, expliquent de la manière la plus victorieuse l'origine des principaux radicaux des langues mères et par suite de leurs dérivées” (página II). Y refiriéndose más concretamente al hebreo, en relación con las lenguas i.-e. llega a decir: “l'hébreu sert on ne peut mieux à retrouver la charpente osseuse de ces mêmes langues, c'est-à-dire les consonnes”.

Posteriormente el danés Hermann Möller (*Indo-europaeisk-semitisk sammenlignende Glossarium*, Copenhague, 1909) y también Pedersen (en *Indogermanische Forschungen*, Strassburg, 1891), t. XXII) y más recientemente Michel Honorat (*Démonstration de la parenté des langues i.-o. et sémitiques*, París, 1933) han realizado plausibles trabajos en ese campo de la investigación. Pero no pretendemos adentrarnos en él, sino señalar tan sólo las grandes y ulteriores perspectivas que pueden presentarse como derivaciones del presente estudio, cuyo tema es mucho más concreto, limitado y preciso.

Nuestra tesis sobre los “*Valores semánticos de los fonemas hebreos*”, de la cual podemos presentar aquí un sucinto esquema, se basa sencillamente en los principios que a continuación enunciamos:

1.º) Los fonemas hebreos encierran *valores semánticos fijos y constantes* en todas las raíces y voces de ellas derivadas d.r.d. aparecen, y por lo tanto, el sentido de las mismas individualmente consideradas, no es pura y simplemente convencional, sino el que se deduce, naturalmente, de esos valores intrínsecos permanentes, que conviene analizar y estudiar.

2.º) La significación que encierran esos fonemas tiene un *fundamento físico-psicológico*, que, por lo mismo, tampoco es arbitrario ni acordado por puro convenio, sino que tiene su raíz en la naturaleza del hombre como sujeto parlante.

3.º) La *integración en una unidad*, de los tres fonemas que generalmente constituyen las raíces hebreas —como las demás semíticas— engendra una nueva idea compleja, que encierra en sí las características esenciales de las tres ideas simples componentes, al modo como los cuerpos simples en Química constituyen los diversos compuestos.

4.º) El *orden* de colocación de esos fonemas en la raíz, y consiguientemente en las palabras de ella derivadas, no es indiferente, sino que obedece a una jerarquía de valores o bien a una idea de sucesión genética o cronológica, que nos descubren íntimas perspectivas en los valores semánticos de las palabras.

5.º) Las *vocales*, que a primera vista parecen tener en las lenguas

semíticas, y señaladamente en el hebreo, donde su movilidad es extraordinaria, un valor semántico muy secundario, como simples "mociones" de las letras propiamente dichas, que son las consonantes, en las cuales se encierra el germen ideológico, son, a no dudarlo, elementos muy importantes, de gran valor psicológico en la complejidad significativa de las palabras, puesto que matizan la idea con variadas coloraciones sentimentales.

6.º) Los *morfemas* en sus diversas clases, que añaden a la significación básica de la raíz variados matices para expresar todas las categorías nominales y verbales, ostentan valores semánticos aplicables a un número indefinido de voces de la misma categoría léxica, por ejemplo, la idea de género o de número, atribuida a un sustantivo, la de tiempo o persona gramatical, asignada a un verbo.

Los límites y caracteres inherentes a un artículo de revista nos impiden desarrollar aquí, ni siquiera brevemente, cada uno de los principios enunciados; en consecuencia, añadiremos solamente ligerísimas observaciones complementarias.

1.º Las 22 letras del alfabeto hebreo están ordenadas con cierta jerarquía y expresan las ideas más universales que son como el substrato ideológico de la humanidad. Forman un conjunto de 3 series de 7, números ambos de gran significación en la mentalidad antigua, conforme aparece en numerosos pasajes bíblicos con el 7 final como coronación y término de la totalidad. En cuanto a la forma y nombre de esos fonemas y la tan repetida relación de ambos con los diversos objetos, enseres, animales, etc., de la vida humana en las sociedades primitivas, no tienen interés para nuestro propósito, por lo cual hacemos caso omiso de las consideraciones pertinentes.

2.º Respecto al fundamento físico-psicológico que se advierte en los fonemas en función de su significación como primeros elementos del lenguaje articulado, tal como aparecen en la lengua hebrea, reconocemos es una cuestión delicada, en la que ha de procederse con suma cautela y sensatez, frenando todo lo posible los vuelos de la fantasía, pero sin olvidar el factor fisiológico que en estrecha relación con el psicológico nos da la clave de casi todos los problemas humanos, sin excluir los de orden sobrenatural.

3.º Si se ha negado por algunos lingüistas la existencia real de fonemas aislados, entendiéndolo que la realidad de éstos está supeditada a grupos de elocución o grupos fónicos, teoría que en algún aspecto es admisible, también puede afirmarse que no se dan en la mente huma-

ña ideas completamente simples, sino complejos semánticos, ideas plurivalentes o por lo menos íntimamente conectadas con otras, como fácilmente pone de manifiesto aun el análisis más superficial. Una vez más se evidencia la gran analogía y paralelismo entre sonidos y sentidos.

4.º En ese pequeño conglomerado fonético que constituyen las raíces con sus elementos complementarios para formar palabras, *mens agitat molem*: hay un orden ideológico, un principio regulador que, aun respetando ciertas normas de eufonía y armonía en la elocución, mantiene la natural jerarquía de valores conceptuales, sea de carácter metafísico o bien genético o al menos cronológico. A través de ese prisma podemos contemplar la caleidoscópica visión que nos ofrecen las palabras en su envoltura fonética.

5.º En las distintas y numerosas formas que nos ofrece el cuadro de la flexión nominal y verbal entra por mucho la matización sentimental, y en menor grado la ideológica; esta última está determinada por las letras (consonantes), armazón óseo que mantiene la idea o significación básica de la raíz, y la primera, o sea, la coloración sentimental, por las muciones o vocales. El sentimiento es un factor de primer orden en la economía de las lenguas, que interviene de modo decisivo en su estructura, expresividad, perfil, líneas generales y genio peculiar. La personalidad de cada escritor, en cada lengua o pueblo, extraerá de ese fondo básico sentimental, a través de su propio temperamento y su estilo, notas delicadas de variable emotividad; pero en el cuerpo del idioma está impresa con sello indeleble el alma de cada pueblo con su particular psicología y su gama de sentimientos.

6.º También esos elementos idiomáticos que se llaman morfemas encierran en sí un valor fonológico-semántico peculiar, pero de un orden universal frente a la singularidad de los fonemas que forman las raíces, si bien de evidente analogía con la significación de éstos; por ejemplo, el signo de "iniciación o principio" en las raíces, ostenta semejante significación como preformativa de persona "yo". Esa analogía es tanto más lógica y natural cuanto que esos morfemas han pasado a ser tales, es decir, instrumentos gramaticales, no directamente, ni tampoco de un modo caprichoso, desde el casillero alfabético, sino mediatamente y por derecho de preferencia, como elemento formativo de una voz que encierra semejante significado y que generalmente sigue existiendo en el idioma. Así, las preformativas y aformativas verbales del hebreo, como las designaciones personales de las lenguas i. -e., no son otra cosa que los mismos pronombres personales antepuestos o pospuestos al tema verbal, que in-

dividualizan a cada persona verbal, bien que reducidos a sus elementos esenciales o incluso a su mínima expresión, un solo fonema característico del pronombre correspondiente, como es el א de אני "yo", el ת de אתה "tú" y el נ de אנחנו "nosotros", etc., y de análoga manera en la conjugación griega y latina, aunque en éstas aparecen más desfigurados dichos elementos.

La Tematología o Morfología general nos descubre la estructuración de los temas léxicos en cualquiera de las categorías de palabras (nombres, adjetivos, verbos, en todas sus variedades), realizando así una clasificación del vocabulario o tesoro de un idioma a base de familias, grupos, subgrupos, etc. Los procedimientos usados en esta especificación de las palabras son también de orden fónico, idénticos a los que rigen la formación de las raíces; es decir, paralelismo entre la fonética y la semántica, por ejemplo, a identidad o semejanza de sonidos, identidad o semejanza de significación, y reduplicación de un mismo sonido para expresar la reiteración de una idea, etc., etc.

La reiteración o insistencia es un elemento ideológico de notoria importancia, que se expresa en los idiomas preferentemente por el procedimiento de la repetición de fonemas al fin, al principio o en medio de dicción; ejemplo en griego, reduplicación del perfecto, y en latín el tipo especial de perfectos reduplicados, tales como *cu-curri, di-dici*. Igualmente en hebreo las formas intensivas del verbo (Piel y Pual, y aun Hitpael) indican reiteración o intensificación en la idea verbal y la expresan mediante la reduplicación de la radical medial. Las raíces פ"ע en que se repite la 2.^a radical, resultando así iguales la 2.^a y 3.^a (*duplicantes secundam*) suelen significar asimismo una acción reiterada o sucesiva, p. e. סבב "rodear", קלל "maldecir" (una y otra vez), חשב "pensar (volver una y otra vez sobre una idea)".

Del valor semántico neto y preciso de cada letra o fonema se deduce otra particularidad, evidenciada en numerosas raíces, y es la identidad de significación fundamental de muchas que tienen dos elementos comunes (1.^a y 2.^a radical, o 2.^a y 3.^a), con leve matización diferencial en la tercera radical, como puede observarse en el cuerpo de cada letra en el Diccionario. Esta particularidad confiere al Léxico una gran unidad, estrecha cohesión y especial profundidad filosófica, frente al azar o capricho que muchos creen fueron los principales colectores del vocabulario. Veamos un ejemplo. חבל "oprimir, apresar", חבק "entrelazar, abrazar" חבט "atar, juntar", חבש "atar, circunligar", son cuatro raíces hebreas que tienen los primeros elementos comunes y encierran signifi-

caciones notoriamente análogas, levemente diferenciadas por la última radical, única que las distingue (שׂר, קל). Otro ejemplo. זכה y זכך significan "ser puro, íntegro": las dos primeras letras son idénticas, y la reiteración de la 2.^a radical (el ך) añade simplemente un matiz intensivo en el segundo verbo, con respecto al significado simple del primero. Los ejemplos podrían multiplicarse *ad infinitum*.

Ante estos hechos tan claros como elocuentes, ¿cabe admitir la afirmación *ex cathedra* antes mencionada de que el valor semántico de las palabras "resulta —pura y simplemente— de un acuerdo establecido entre el sentido de la palabra y los sonidos que la componen?" ¿No habrá otras razones —leyes, si se quiere—, determinantes de esas coincidencias en las cuales la identidad o afinidad de sonidos implica semejantes relaciones de igualdad o semejanza en las acepciones?

No se crea que este valor ideológico que apuntamos en los fonemas hebreos fuera desconocido de los antiguos hebreos o hebraístas; notorio es, por el contrario, el carácter religioso y místico que siempre tuvo el alfabeto entre los pueblos semitas, y las derivaciones que ese misticismo llegó a alcanzar en ciertas ramas de la exégesis judaica, sobre todo en la Cábala. El Doctor Máximo Escriturario de la Iglesia, San Jerónimo (*Epist. Ad Paul.* n.º 5) consigna una interpretación espiritual de cada letra del alfabeto hebraico, tal vez aprendida de sus maestros judíos.

El erudito lingüista, y aun cualquier fino observador, que repase con atención en un Diccionario el tesoro de cualquier idioma i-e. y el de una lengua semítica, ordenados por raíces, advertirá en primer lugar profundas y variadas diferencias entre uno y otro en cuanto a la formación de las palabras. Concretándonos al léxico hebreo, en seguida se echa de ver la constancia de un mismo fonema para expresar la misma o análoga idea. Lo mismo que acontece en el orden ortográfico, en que se respeta el principio lógico y fundamental, tan olvidado en las lenguas modernas, de "un signo gráfico para cada sonido, y los mismos signos siempre con los mismos sonidos" sucede también en el orden semántico, al menos en líneas generales y salvando la infinita matización de las ideas: cada fonema ostenta siempre su significación fundamental, por más que se diluya en el complejo trivalente de la raíz trilítera, incrementado eventualmente con los aditamentos morfológicos que individualicen cada raíz, para designar las diferentes categorías gramaticales. Las ideas son como focos luminosos que irradian infinitas irisaciones, de ahí que, a base de unas mismas características esencia-

les, la idea se diversifique en cada lengua con variados matices, a través del prisma psicológico de cada pueblo hablante de una lengua diferente, aun dentro de las de una misma familia, y más todavía en las de distinto grupo, pero que tengan entre sí algún parentesco más o menos remoto.

* * *

Las ventajas que se deducen de este estudio analítico de las palabras, a base de la *constancia de significación en los fonemas y conexiones varias entre raíces y voces de análoga estructura fonética y, por lo tanto, semántica*, son numerosas y de máximo interés, tanto en el orden científico como en el didáctico. Ante todo, se pone de manifiesto la profunda unidad que rige el idioma, moderada y matizada por las naturales exigencias de la analogía y diferenciación. Se revela asimismo la honda raigambre psico-física del idioma, que no es fruto del capricho o el azar —al menos en su fondo primero y principal, tan celosamente conservado en la lengua santa—, sino consecuencia y reflejo natural que fluyen lógicamente y espontáneamente de la constitución íntima del ser humano, único sujeto del lenguaje articulado. En todo pensamiento, acto, sentimiento, aspecto o contingencia que se considere en el hombre se encuentran siempre esos dos aspectos, el físico o fisiológico y el psíquico. El lenguaje, expresión la más completa y admirable de la vida anímica del hombre en toda su caleidoscópica complejidad, no podía sustraerse a esta ley universal y constante dualismo, y así se ha reconocido al afirmar que las lenguas contienen “una psicología petrificada” de los pueblos que las formaron o hablaron; mas no solamente de los pueblos —y también en la escala singular, de los individuos— sino de la humanidad en general.

En el orden pedagógico, el léxico hebreo —como cualquier otro, dentro de las circunstancias y limitaciones particulares de cada idioma— deja de ser un elenco informe y arbitrario de agrupación de fonemas, constitutivos de palabras, cada cual con su etiqueta semántica superpuesta; al contrario, la significación de cada raíz o vocablo fluye, naturalmente, del sentido intrínseco de cada fonema componente, al menos de un modo vago o aproximado. Las relaciones fonológico-semánticas entre vocablos análogos saltan a la vista. Naturalmente, esto facilita mucho el aprendizaje, siempre arduo, para un extranjero; y al nativo o al que estudió la lengua por otros métodos, sobre todo empíricos, le descubre la razón íntima de las palabras:

Felix qui potuit rerum (aquí diríamos “*verborum*”) *cognoscere*

causas! Lo que ya se ha hecho en algunas lenguas, p. e. el alemán, para el estudio de las palabras, a base de las raíces, proponemos aquí, avanzando un paso más, para las raíces, a base de sus fonemas componentes.

La enseñanza simplemente empírica o puramente dogmática en el campo de las ciencias —y ciencia es la Lingüística — es una enseñanza muy pobre, que, si tiene su valor en los grados elemental y medio, es inadmisibles en la docencia superior. Solamente al llegar a ese conocimiento científico, por las causas, es cuando una rama del saber adquiere la categoría de ciencia, y la *Lexicología*, para merecer tal consideración, ha de basarse en sólidos principios y estrecha concatenación de causas y efectos. Más aún: llegando a los primeros principios y últimas causas, tendrá carácter filosófico, última etapa del conocimiento a que en ésta como en las demás ciencias hay que aspirar.

El presente ensayo solamente tiene carácter de resumen y avance de un estudio que, a nuestro juicio, pudiera llegar a constituir toda una ciencia, no solamente en el área de la lengua hebrea, sino en la Lingüística general y en la particular de cualquier idioma, y que podría llamarse *Lexisofía*.

David Gonzalo Maeso